

# El paso atrás de Jruschov

Por Víctor FLORES OLEA

Hace algunas semanas, a grandes titulares, los periódicos de todo el mundo anunciaron la nueva irrupción brutal de la política soviética en el arte. Ante más de seiscientos representantes calificados de la *intelligentsia* de la URSS, Nikita Jruschov hizo un llamado a los artistas para que se ciñan a una sola concepción creadora: el "realismo socialista", impuesto por Stalin durante los últimos veinte años de su dictadura. Habría mucho que decir sobre las nefastas consecuencias del "dirigismo" en materia estética; bástenos con subrayar que, en la propia Unión Soviética, el panorama desolador del arte bajo Stalin es el más rotundo testimonio del absurdo que significa la imposición en esta materia. La discusión y el diálogo, el juego de las opiniones encontradas y las afirmaciones individuales, en suma: la libertad, es el único clima propicio a la creación. Ahí donde ha sido excluida la iniciativa, o donde se pretende sujetarla dentro de moldes rígidos, se borra de golpe la capacidad creadora del hombre.

Pero no son tanto estas evidencias las que nos han movido a comentar el discurso de Jruschov. En realidad, la sorpresa mayúscula que provocó se debe, en parte, a razones políticas. En el xx y en el xxii Congreso del PCUS, Nikita Serguievitch, convirtiéndose en vocero de una serie de exigencias inaplazables del pueblo soviético, abrió las puertas a la desestalinización. A partir de entonces se pensó que la "liberalización" del sistema era un hecho, y que a pesar de los escollos que pudieran surgir, el proceso continuaría sin graves retrocesos. Ahora bien, el discurso de Jruschov es un baño de agua fría a quienes, un poco apresuradamente, imaginaron tal cosa. Por una parte, al señalar directrices sin apelación, desde la más alta tribuna política, el Primer Ministro de la URSS revivió el "estilo" del viejo dictador. Es cierto, sin amenazas de represalias o castigos, pero no por eso con un tono menos duro. Por la otra, el discurso de Jruschov parece contener una reivindicación parcial de Stalin. Frente a las brutales denuncias del otoño de 1961, en que habló con inusitada franqueza de violaciones al orden constitucional, de crímenes y deportaciones, de purgas gratuitas entre los cuadros del Partido, ahora Jruschov ha dicho que "no todo iba tan mal" en la época de Stalin, y criticó "las tendencias erróneas de algunos autores que, a la hora de describir el periodo del culto de la personalidad de Stalin, subrayan exclusiva y exageradamente las ilegalidades, el terror y los abusos del poder".

El incidente plantea una serie de cuestiones que no podemos soslayar. ¿Hay un verdadero retroceso en la desestalinización? ¿Por qué justamente la emprendió Jruschov contra los intelectuales y los artistas? ¿Son tan importantes en la Unión Soviética hasta el punto de amenazar tamaña reprimenda? ¿Es lógico aceptar la coexistencia en el terreno político y social y negarla en el ideológico? ¿Qué razones pudo tener el *Premier* soviético para hablar así? Naturalmente, no podemos sino aventurar hipótesis en

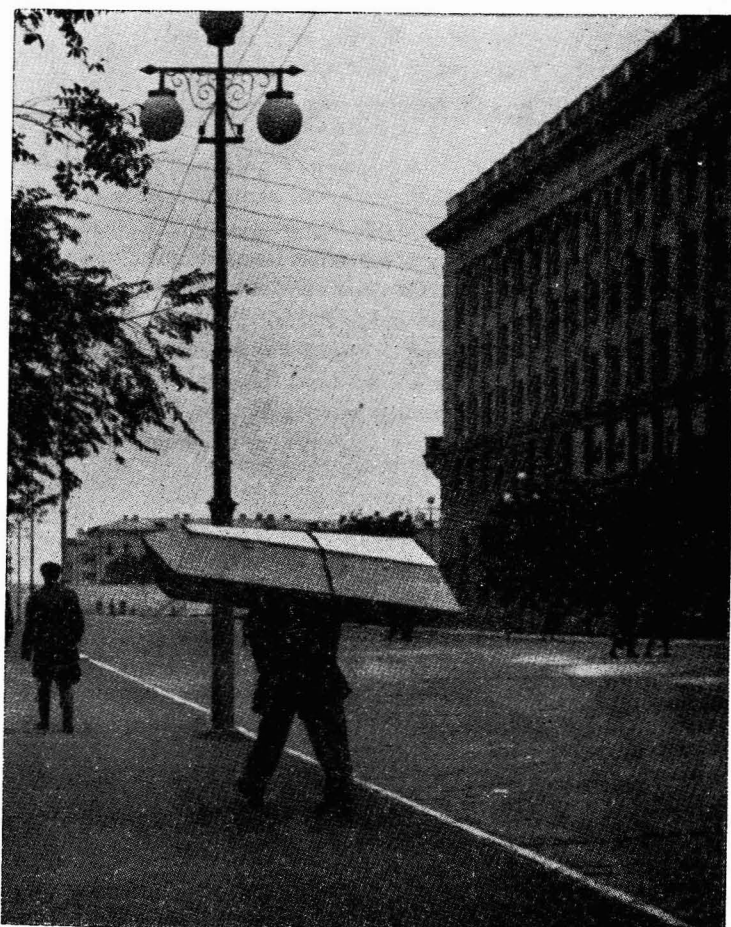
vista del cuadro general del desarrollo de la URSS en los últimos tiempos.

Es obvio que toda restricción a la libertad implica un paso atrás, un retroceso en la democratización del régimen. Pero, ¿por qué lo hizo Jruschov, justamente cuando parecía haber tomado por cuenta suya las exigencias mayoritarias del pueblo soviético? Hay quienes afirman, por ejemplo, que la presión de China jugó su papel, auspiciada internamente por los viejos cuadros stalinianos que en la propia URSS, sorda pero insistentemente, se han opuesto a la política jruschoviana. Otros piensan que, después de todo, Jruschov no hace sino atender la fórmula de Lenin: *dos pasos adelante, uno atrás*, y que si analizamos en detalle su política, nacional e internacional, no debemos sorprendernos; Jruschov, como siempre, sólo habría seguido los dictados de una inspiración inmediata y empírica desligada de un plan teórico y coherente y a largo plazo. Por último, otros más sostienen que el alto mando soviético, alarmado por el radicalismo de las iniciativas, decidió poner un freno al "clima" intelectual de los últimos tiempos, que amenazaba con salir de los límites "aceptables" dentro del actual *status*.

Es muy probable que todas estas hipótesis tengan su parte de verdad. Y que Jruschov, en efecto, haya tenido poderosas razones para actuar como lo hizo. Pero el problema, a mi manera de ver, no radica ahí. Lo grave del asunto es que la vida intelectual y artística sigue condicionada a la política, a rastras de criterios tácticos y estratégicos muy provisionales. Y digo provisionales porque

discursos como el de Jruschov perjudican mucho más a la revolución, como proceso histórico global, que las tensiones que esté obligado a soportar el régimen en lo inmediato. Para nadie es un secreto que el "molde" staliniano del socialismo le ha restado, en todas partes del mundo, apoyo activo a la empresa revolucionaria. Y que estas maniobras e imposiciones le dan argumentos a los voceros más interesados de la reacción mundial. ¿Cómo sostener válidamente la superioridad del socialismo frente a la descomposición capitalista, cuando en renglón tan decisivo como el del arte sigue privando un "dirigismo" injustificable? ¿Cómo pensar en niveles más avanzados de vida social y cultural cuando se impide la libre creación? El socialismo ha demostrado su eficacia técnica y económica, pero en tanto no pruebe una indiscutible superioridad *humana*, su poder de atracción se verá gravemente disminuido. Y que no se diga que las dificultades presentes impiden aún la cabal realización del socialismo; éste, ya desde ahora, inclusive en momentos críticos extremos, está obligado a mostrar que el futuro representa un avance neto sobre el pasado.

No hay duda que la desestalinización ha surgido de las raíces más profundas del pueblo soviético, y que es una necesidad suya imposterizable. Jruschov, con su apertura liberal, no hizo sino expresar esa necesidad. Pero ahora vemos claro que el proceso, para llegar a su fin, tendrá que vencer aún obstáculos gigantes, objetivos y subjetivos. Objetivos, porque la vieja estructura de poder staliniana sigue aún en pie; subjetivos, por-



"Tienen ideas tan torcidas que parecen jorobados a quienes sólo enderezará el ataúd"

que todavía pesan, como una herencia nefasta, los hábitos del pasado. El tono agresivo y duro del discurso de Jruschov, las imposiciones "desde arriba" sin previa discusión democrática, lo prueban suficientemente; como lo prueba la caída de "autocríticas" y "actos de contrición" que han seguido a las nuevas directivas estéticas. Naturalmente que la resistencia no es fácil; pero por eso mismo las capas más conscientes de la *élite* soviética deben continuar sin desmayo su ardua tarea. Para llevarla a feliz término contarán de seguro con un apoyo masivo en su propio país, y con la simpatía entusiasta de todas las fuerzas auténticamente revolucionarias del mundo. Por mi parte, estoy convencido que el proceso de desestalinización, pese a estos tropiezos, seguirá adelante. Jruschov ha vuelto sobre sus pasos, pero no debe olvidar que las condiciones actuales del pueblo soviético son muy distintas a las que imperaban hace algunos decenios. El periodista K. S. Karol nos recuerda que, en diciembre último, al hablar con jóvenes pintores, afirmó Jruschov: "Algunos de ustedes tienen ideas tan torcidas que parecen jorobados a quienes sólo enderezará el ataúd." A lo que alguien respondió: "Camarada Jruschov, ya no vivimos en la época en que se enderezaba a la gente con ayuda de ataúdes." Y concluye Karol: "La lucha por la verdadera desestalinización será larga, pero continuará."

No deja de sorprender, sin embargo, que la máxima autoridad soviética haya hecho tal despliegue de poder frente a escritores y artistas. En sociedades como la nuestra la función pública de los intelectuales es marginal, subsidiaria; en la Unión Soviética, en cambio, a juzgar por estos síntomas, es de primera importancia. Por eso tienen una responsabilidad multiplicada. Y por eso mismo el poder político tiene obligaciones precisas frente a ellos. No es nuestro propósito comentar las opiniones estéticas de Jruschov, ni preguntarnos sobre la legitimidad del arte abstracto en una sociedad que construye el socialismo. En todo caso, estamos profundamente convencidos de que no hay vida intelectual sin fidelidad a la verdad, ni creación sin estímulo a la expresión individual. Ahora bien, el "dirigismo" hace imposibles una y otra.

La "vuelta a Lenin" es la divisa de la desestalinización soviética. Ahora bien, no hay tal renovación de los principios leninistas sin el restablecimiento pleno de la democracia en el partido y en todos los órganos de la administración y del gobierno, sin el impulso de la iniciativa del pueblo, sin el estímulo del debate y las discusiones, sin la tolerancia de los errores eventuales, sin la restitución de la plena independencia de juicio y de carácter de los ciudadanos y sin la reeducación de los cuadros de un partido integrado por millones de hombres y mujeres. La "vuelta a Lenin" es una vuelta a la democracia, a la dialéctica, a las fuerzas racionales y críticas del marxismo; en suma, es un esfuerzo concreto por realizar aquí y ahora los principios *humanistas* de la revolución y la superioridad de la nueva sociedad sobre la vieja. Un análisis detallado de las perspectivas actuales de esa "vuelta a Lenin" rompe los marcos estrechos de estas notas. En todo caso, el discurso de Jruschov en nada ayuda a esa evolución. El socialismo soviético sigue siendo un ideal puesto en el futuro.

# Zapatero a tus zapatos

Por Enrique GONZÁLEZ PEDRERO

Stalin domina durante tres décadas el pensamiento y la acción socialista. Nada vive en su dominio sin su voluntad. La de millones de hombres depende de él: se hace o deja de hacerse historia a partir de sus opiniones. Nunca como entonces se vio tan cerca el juego del factor subjetivo en la sociedad. Nunca como entonces la dialéctica se negó a sí misma en forma tan rotunda. Nunca como entonces un hombre tan aislado, un "Anteo en vilo" como gustaba él mismo de calificar a sus enemigos, hizo de su soledad, solidaridad; de su miedo, coraje; de su debilidad, fuerza.

De un pueblo pobre, desorganizado, hambriento, surgió un socialismo replegado, un socialismo acosado, el socialismo en un solo país. Ciertamente, no el que la teoría había entrevisto como una fase postcapitalista que *aprovecha-niega-y-super*a el formidable desenvolvimiento técnico anterior: la socialización de la riqueza. Sino un socialismo férreo, subdesarrollado, que se ve forzado a salvar etapas a base de puentes entre ellas. Un socialismo de "cinturón apretado", a la defensiva, austero y desconfiado: staliniano.

¿Tuvo Stalin la culpa de todo aquello? ¿Se debió a él, acaso, que la futura revolución europea pasara antes por Asia? La manera fácil de escamotear los problemas históricos, de falsificar la historia —tal como Stalin lo hizo—, sería volcando sobre él todos los vituperios imaginables, echarle la culpa de todo. Afortunadamente I. Deutcher nos ha dejado ya su testimonio, quizás el más riguroso que se haya escrito en nuestro tiempo. Pero como quiera que sea, Stalin legó un estilo político que influirá por mucho tiempo, directa e indirectamente, en forma positiva y negativa, a su país y al mundo del socialismo.

Si en el XX y XXII Congresos del PC-US el mundo atónito escuchó revelaciones que clandestinamente conocía y vio el intento que los nuevos dirigentes realizaban para construir un nuevo puente que ayudara una vez más a superar la etapa anterior, a pasar del stalinismo monolítico al colectivismo democrático, ahora y tal vez por influencias exteriores, vuelve a sorprenderse con la semi-rehabilitación que Jruschov ha recomendado: después de todo, el malo no era tan malo.

Tan esquematismo hubo en la caracterización del stalinismo como "culto a la personalidad", un aspecto totalmente *formal* de aquel régimen político, como esquematismo hay ahora en este nuevo proceso de rehabilitación parcial. Tan empírica fue la lucha contra el culto a la personalidad, como ahora lo es la defensa del que después de todo construyó el socialismo. Tan zigzagueante fue la pena por su muerte y su expulsión posterior del mausoleo, como ahora su realce. Y todo ello: los esquemas, el empirismo político y la línea zigzagueante son del más puro estilo staliniano. Los aprendices de brujo invocan un fantasma y luego —como siempre— no sabrán qué hacer con él.

Estas contradicciones esenciales no han recibido todavía la atención de los estu-

diosos que, continuando bajo la inercia del esquematismo, apenas comienzan a balbucear tímidas explicaciones del mundo que vivimos. Pero si la inercia de los esquemas se resiente, hay otra todavía más peligrosa: la inercia del miedo. Después de treinta años de repeticiones, la revolución ha perdido su ingenuidad, su inventiva: se ha estereotipado, tiene temor a equivocarse. Muchos fetiches, el mundo contra el que Marx luchó, la espantan aún. "Un fantasma recorre el mundo". El fantasma del miedo. ¿Acaso no se tiene miedo de hablar sobre las contradicciones del socialismo? ¿No llegó a afirmarse durante largo tiempo que el informe secreto de Jruschov en el XX Congreso era una burda invención del Departamento de Estado? ¿No se tiene miedo ahora de señalar en voz alta las insensateces que se han dicho recientemente sobre el arte? Claro que se tiene. Claro que lo tenemos. Aun quienes no vivimos intensa, generacional, históricamente los treinta, las purgas, los procesos, el pacto germanosoviético, las expulsiones en masa, las "liquidaciones". Pero nuestra obligación en tanto intelectuales es pasar sobre el miedo y temblando y equivocándonos decir lo que creemos y lo que pensamos. Luchar, gritar, romper el círculo vicioso del silencio.

Zapatero a tus zapatos reza el viejo dicho popular. Para qué diablos opinan los políticos sobre lo que no saben. Para qué meterse a señalar a artistas e intelectuales un camino que éstos conocen mejor que aquéllos. Alguien me decía hace unos días: "Tienes razón, pero ¿qué objeto tiene romper lanzas por algo que no ocurre aquí? Curioso razonamiento éste, típico del oportunismo que durante tanto tiempo ha prevalecido. Protesto por principio, porque soy socialista, porque quiero un socialismo en el que los hombres sean los que manden, no las cosas, las abstracciones o los fetiches. Porque quiero la libertad para todos, no para unos cuantos. Porque intento participar en la construcción de una política racional, nacional, popular y verdaderamente democrática. Porque quiero, desde ahora, tomar posición en un debate que, tarde o temprano, se emprenderá. Porque si pretendemos realizar lo anterior, debemos *desde aquí y desde ahora*, librar esa batalla en la que, como Marx quería, el hombre sea el autor y el actor de su propio drama. Porque ante todo y sobre todo el marxismo es un humanismo, pero no en abstracto sino de carne y hueso, que debe cuidar, proteger y alentar el desarrollo de los hombres concretos de ahora. No de un hombre remoto, del futuro, sin pecados.

Ancha es la realidad y ningún método, ninguna cosmovisión por completa que sea, podrá jamás apresarla por completo. Si Marx se preguntaba por la validez del arte griego, era porque reconocía en el arte una legitimidad que había ciertamente que tratar de explicar racionalmente. Esta afirmación es en nuestros días una verdad evidente y, sin embargo, habrá que repetirla siempre porque, por lo visto, los políticos se olvidan de ella con mucha frecuencia.